



LO QUE UN CUADRO DICE Y LO QUE DE EL SE DICE¹

El lenguaje de las variables y la interpretación en las ciencias sociales *

Jean-Claude Passeron

No sabéis lo que decís.

Si supiéramos lo que decimos,

Sabríamos todo.

Conversación entre dos borrachos.

Abstract. Statistic and sociology. The evident range that it separates the statistical categorisation of sociological planning generally is estimated like conflicting on the part of the sociologists like of the statistical ones. The orthodox sociologists suppose that the statistic is secondary and subordinate to its discipline. The statistical ones are more tolerant.

Resumen. Estadística y sociología. La distancia evidente que separa a la categorización estadística de la conceptualización sociológica generalmente es apreciada como conflictiva por parte de los sociólogos como de los estadísticos.

Los sociólogos ortodoxos presuponen que la estadística es secundaria y subordinada a su disciplina. Los estadísticos son más tolerantes.

La distancia evidente que separa a la categorización estadística de la conceptualización sociológica se describe con frecuencia como un malentendido, tanto por parte de los sociólogos como de los estadísticos.

¹ Capítulo V de Passeron, Jean-Claude, 1991, *Le raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien nature*. Paris: Nathan, pp. 111-133 (versión castellana de Denis Barangr).

* Una forma diferente de este texto ha figurado en las *Actes de la Journée d'étude "Sociologie et statistique"*. Paris, INSEE/ Société Française de Sociologie, oct. 1982, pp 14-33.

Estadística y sociología

Los sociólogos entienden de buen grado esta diferencia como una distancia jerárquica que subordinaría una aproximación instrumental y formal de los fenómenos a la nominación substancial del sentido del mundo histórico, gesto supremo reservado a la enunciación sociológica.. La sociología solo debería rendir cuentas de sus Conceptos ante el tribunal de una teoría en el que el estadístico no sería citado más que como testigo subalterno. La redacción ventajosa de este programa no debería disimulara los sociólogos su ingenuidad científica: conduce rectamente a la sociología hacia una práctica de la *autosuficiencia teórica* en la cual la investigación no se refiere más que a las constataciones [*constats*] que confortan sus traducciones libres, reservándose el derecho de imputar al pasivo de las imperfecciones mecánicas del instrumento estadístico lo que éste no verifica de las construcciones conceptuales del discurso sociológico². Muchas discusiones sobre las relaciones entre la grilla socioprofesional y el concepto de "clase social" delatan una certidumbre inalterable por parte de los sociólogos acerca de que es al instrumento de medición, y solamente a él, que le incumbe realizar todo el camino para alcanzar las exigencias de un quehacer conceptual ya "perfecto en su género" enunciativo. Demasiados sociólogos o historiadores se sienten seguros de saber por adelantado lo que es una "clase social", es decir de las razones filosóficas o éticas por las cuales recortan la sociedad como lo hacen, para que el recurso a la medición o al procesamiento estadístico pueda todavía hacer cambiar sus conceptos descriptivos, En el límite, de acuerdo a esta teoría imperial del conocimiento sociológico, la significación del razonamiento estadístico, su puesta en aserción significativa, sólo podría provenir del exterior: le tocaría siempre a él reformarse para merecer el ser útil, por sus "constataciones ilustrativas", a enunciados sociológicos que extraen de otra parte, es decir de mucho más arriba, su evidencia teórica.

Por su lado, los estadísticos tampoco se quedan atrás en materia de certidumbre corporativa. Acostumbrados a las exigencias de la recolección y del procesamiento de la información y conociendo el costo para lograr homogeneizar datos económicos y sociales, resultan inevitablemente propensos, para preservar la univocidad de las

² Más allá de los texto sociológicos más imbuidos de su propio paradigma, cuya verdad no se funda más que metafísicamente en el olvido de la sinterpretaciones concurrentes, será necesario citar casi

enunciaciones que versan sobre constataciones de censado o de correlación tan costosas de producir, a una desconfianza generalizada respecto de todo cambio de la codificación asertórica de los "enunciados de base" tales como son formulados por el lenguaje de sus instrumentos³. Poco o mucho, los estadísticos son llevados a marcar su impecabilidad asertórica manifestando una reticencia principista en contra de la *interpretación* conceptual, siempre sospechosa de sobreinterpretación polisémica. A los más puristas, el discurso sociológico se les aparece fácilmente como un tejido arbitrario de reformulaciones "incrementantes" o selectivas, apenas apto para sugerir, de chiripa, correctivos o aditivos a la medición empírica de la categorización de los datos. Más en general, si la mayoría de los estadísticos reconoce el derecho a la interpretación sociológica, es en tanto operación extrínseca, como un ejercicio algo intuitivo, cuyas normas, siempre más laxas, permanecerían distintas de las de la lengua en la que se enuncian las constataciones empíricamente controladas. En el límite, las "lenguas artificiales", como por ejemplo la *lengua tábular* de la tabla cruzada - que hace entrega de sus enunciados en las dimensiones codificadas de un espacio simbólico- o la *lengua gráfica* de los planos factoriales -que da a leer sus aserciones en un espacio codificado según las reglas del cálculo vectorial que lo han construido- serían las únicas capaces de preservar la integridad de los enunciados de observación y de los producidos por el procesamiento, cuya expresión en "lengua natural" estaría siempre incrementando el sentido de modo incontrolado e incontrolable. El sentido del "vector epistemológico" entre enunciación estadística y enunciación sociológica se invierte simplemente según se escuche al sociólogo o al estadístico hablar de sus oficios respectivos.

Hay sin embargo un acuerdo latente entre estas dos epistemologías corporativas cuando alcanzan su forma-límite: parecen concordar en que el discurso estadístico y el sociológico difieren intrínsecamente por su *pertinencia empírica*, -es decir que no son justificables, para dirimir la verdad o falsedad de sus enunciados, de

todas las interpretaciones sociológicas de datos estadísticos para ilustrar la auto-proclamación del derecho de la sociología a la auto-suficiencia interpretativa.

³ Muy próximo a una descripción técnica y precisa de lo que quiere decir hablar como estadístico, un análisis de las operaciones que fundan la lengua de descripción y de cálculo estadístico muestra el pasaje de la voluntad de hablar unívocamente a la tentación de encerrar en la auto-suficiencia operatoria el sentido asertórico de los enunciados de la disciplina.: VolleM. *Le métier de statisticien*. París. Hachette. 1980.

procedimientos de control que refieran sus experiencias de última instancia a la misma realidad empírica.

Por lo contrario, aquí partimos del postulado epistemológico de que *todas las conceptualizaciones operadas a partir de la observación del mundo empírico poseen, en tanto abstracciones científicas, una pertinencia empírica común*- Es simplemente plantear que todas las enunciaciones formuladas por las diferentes ciencias sociales no pueden tener más que una única indexación de verdad: *la observación histórica por cualquier método que se la opere*. El análisis de la diferencia, inmediatamente visible, entre las dos lógicas de enunciación versará aquí sobre las operaciones que permiten pasar de un espacio asertórico al otro, cuando se trata de traducir, ateniéndose a reglas, una serie de informaciones entregadas por el procesamiento estadístico de datos históricos. En efecto, se requiere explicar en qué las operaciones que la lengua estadística permite enunciar, en las ciencias sociales, conformemente a las exigencias de *razonamiento experimental*; entendido en sentido estricto, se distinguen de las operaciones enunciativas puestas en obra por un *razonamiento sociológico*. El problema se plantea inevitablemente: para hablar sobre el mundo histórico refiriéndose a mediciones practicadas sobre él, un razonamiento sociológico dice efectivamente más y otra cosa, en la menor de sus enunciaciones, que lo que dice el cuadro estadístico comentado, al menos apenas el enunciador se toma el trabajo de traducir sus enunciados tabulares en frases de una lengua natural. Estas hacen necesariamente intervenir en el menor de sus sintagmas conceptos (nominales o relacionales) cuyo sentido está *siempre* indexado sobre datos exteriores a la tabla estadística que enuncia la estructura de los datos medidos. La interpretación conceptual es inherente a la descripción histórica y, por ende, a todo razonamiento sociológico; permaneciendo desapercibida podrá sólo subsistir en estado salvaje o, al contrario, explicitada se dotará de reglas y limitaciones.

La tesis que se propone aquí es que el razonamiento sociológico se distingue del razonamiento experimental (que, por definición, sólo puede formular sus comparaciones bajo la reserva de operar sus constataciones "todas las demás cosas permaneciendo iguales por lo demás"), no por referirse a constataciones de una naturaleza distinta de las que son accesibles a la observación o medición de los fenómenos históricos, sino porque debe, para formular proposiciones dotadas de

alguna generalidad, adoptar un procedimiento específico de composición de los "enunciados de observación", que nunca es íntegramente reducible a un razonamiento experimental. Es sociológico cualquier razonamiento que se realiza bajo la *obligación* de enunciar sus generalidades tomando apoyo en constataciones de base *que nunca son comparables en todos los aspectos*, o sea todo razonamiento que, para acertar sobre su objeto, debe incorporar a la interpretación de las constataciones que enuncia un discurso sobre la variación de sus contextos y sobre la producción de las informaciones que utiliza. El *razonamiento sociológico* se distingue del *razonamiento estadístico* por la *lógica* de composición de sus enunciados, pero no por el *sentido descriptivo* de los enunciados que asocia: no compone de la misma manera sus referencias a la empiria; pero organiza enunciados que no pueden referirse más que al mismo mundo empírico.

La diferencia entre el razonamiento estadístico y el sociológico remite así a los dos usos que pueden hacerse del razonamiento experimental cuando se lo utiliza en las condiciones de la observación histórica. Se puede, ya sea practicarlos *incondicionalmente*, ya incorporando a los asertos que de él se extraen informaciones sobre las *condiciones de producción de la información* que contiene.

a) En las ciencias sociales, mantenerse en el marco de un razonamiento experimental estricto supone omitir *momentáneamente* las condiciones de la recolección de información que permiten ese ejercicio: designación del contexto en el cual han sido mensuradas las interacciones entre las variables procesadas y que comanda el derecho a la generalización o a la comparación; enumeración de las condiciones metodológicas de la construcción de la información que subordinan el sentido de la información a las formas técnicas o lingüísticas de su recolección: sucesión de las decisiones de encuesta, muestreo, nomenclatura y procesamiento.

b) Por lo tanto, cuando se quiere formular una generalidad sociológica, es necesario retomar sobre las condiciones de producción de la Información utilizada para incorporarlas a la enunciación de las constataciones históricas, ya que el conocimiento de esas condiciones es indisociable del sentido de la enunciación sobre el "objeto" que han permitido construir. Es éste, si se pretende que la enunciación conserve su pertenencia empírica, el único medio de enunciar generalmente sobre

series de objetos contruidos diferentemente. La observación histórica, que excluye el control formal o analítico de los contextos y, al mismo tiempo, la univocidad del sentido asertórico de las variables utilizadas por un razonamiento estadístico, le prohíbe al lenguaje de las variables ser por sí mismo un lenguaje de descripción del mundo histórico. Las condiciones de la observación histórica no excluyen momentos de razonamiento experimental, pero obligan, si se quiere aplicar los resultados de ese razonamiento al mundo del cual proviene la información que procesa, a razonamientos sobre las condiciones limitativas de cada uno de los razonamientos experimentales, a constataciones sobre las condiciones de las constataciones. La composición de estos diferentes razonamientos no es otra cosa que un razonamiento sociológico.

*El primer corolario de esta tesis es que todo acto de enunciación sobre el mundo histórico operado a partir de mediciones empíricas implica necesariamente el pasaje al razonamiento sociológico y a sus riesgos (sus aproximaciones argumentativas), incluso para el estadístico. Ninguno de los razonamientos comparativos de la sociología, ningún concepto descriptivo de la lengua histórica, (cada concepto es en sí mismo un concentrado de comparaciones) puede construirse respetando la cláusula *ceteris paribus* que es constitutiva del espacio asertórico del razonamiento experimental. El razonamiento estadístico sólo puede confundirse con el sociológico en los momentos de la argumentación en que éste último autonomiza, bajo condiciones y nunca definitivamente, algunos de sus asertos.*

La enunciación estadística se convierte *ipso facto* en enunciación sociológica, aún sin saberlo, aún tratándose de la tabla de contingencia más simple, apenas se propone afirmar o negar algo a propósito del mundo histórico. Basta con que una aserción verse sobre fenómenos históricos, para que el sentido de los enunciados estadísticos que utiliza se vuelva solidario de la designación del contexto de la medición así como de las condiciones de recolección y de categorización de la información procesada. La dificultad del pasaje entre enunciados que pueden formularse en el lenguaje de las variables y enunciados cuyo sentido se refiere a un contexto histórico reside en que un contexto tal no puede él mismo ser descrito jamás por completo en el lenguaje de las variables: la lista de sus rasgos pertinentes no puede ser agotada por una

"descripción definida", puesto que toda tentativa para conceptualizarlo hará siempre intervenir, indirecta o subrepticamente signos que son deícticos.

El segundo corolario, es que la enunciación sociológica no dispone de ningún *derecho extra-empírico de interpretación* que pudiera permitirle incorporar a sus reformulaciones de enunciados estadísticos conceptos que sintetizaran otras informaciones que las ya suministradas por constataciones empíricas -sean o no éstas de naturaleza estadísticas.⁴ El razonamiento sociológico sólo se mantiene como razonamiento científico en la medida en que se obliga a no transformar por la interpretación conceptual lo que afirma una constatación estadística, prohibiéndose hacer referencia a otras constataciones que no sean empíricas. El razonamiento sociológico se distingue pues del razonamiento experimental en que, en su argumentación multi-referencial, debe componer constataciones que no son acumulables entre ellas, en el sentido estricto de la composición lógica, pero que continúan siendo semánticamente lo suficientemente "emparentadas" como para que el razonamiento natural pueda controlar este parentesco. El control del parentesco de los contextos es tanto más seguro en tanto se apoya sobre una metodología del razonamiento natural que no es otra que la del *razonamiento comparativo*, necesario para la construcción de conceptos tipológicos.

Sociólogos y estadísticos comparten así finalmente la necesidad de precaverse a la vez de la *alusión del estadístico* y de la *ilusión del sociólogo*. En otras palabras, deben protegerse de la *ilusión experimentalista* de que la lengua estadística podría por sí sola, y sin tomar prestados significados de la lengua sociológica, enunciar una generalidad cualquiera que fuera sobre el mundo histórico. Pero también de la *ilusión hermeneútica*, de que la lengua sociológica pudiera encontrar el plus de sentido que diferencia a la conceptualización sociológica de las categorizaciones de la lengua estadística en constataciones que no fueran las de la observación histórica (constataciones estadísticas o no). A falta de decir lo que una tabla estadística no dice jamás por sí sola cuando se le hace decir algo acerca del mundo del cual procede la información que encierra, se le deja siempre decir sobre ese mundo más y

⁴ Los conceptos sociológicos resumen así constataciones que son de una naturaleza diferente a la estadística, por ejemplo históricos o antropológicos. No desarrollaremos aquí los problemas lógicos

otra cosa que lo que dice: inducción reptante. Ninguna enunciación que proporcione un conocimiento del mundo histórico puede funcionar en un lenguaje puramente formal, ya que- éste prohíbe, por definición, formular lo que significan, en cada caso, las condiciones de la formalización para la construcción de la información histórica. En las ciencias sociales, el sentido formal de una relación entre variables no está defendido de "comprensión salvaje" por la *inteligibilidad nomológica* que funda su estabilidad monosémica en la validez universal de las relaciones, como "leyes naturales".⁵ Es por ello que la enunciación de una relación estadística demanda necesariamente operaciones de rellenado semántica y de sobrevaluación enunciativa las cuales, si el sociólogo no se hace cargo de ellas, se operaran de todos modos, pero a sus espaldas. Que la carga del contra-sentido quede librada, como es frecuente, al lector, sigue siendo responsabilidad del enunciador.

Entre las numerosas operaciones involucradas en la construcción de una información estadística, como las decisiones de encuesta y los instrumentos de medición o de procesamiento, retendremos aquí una sola. Se trata de la convención operatoria que permite tratar una distribución de propiedades sociales como una "variable".⁶ En el trabajo sociológico una convención tal obliga a operar toda una serie de construcciones para mensurar una variación histórica por una variable y, sobre todo, a operar toda una serie de manipulaciones en ocasión del muestreo para razonar cómodamente sobre el cruce entre variables. El recurso a esta convención obliga en consecuencia a la enunciación sociológica a *recorrer el camino en sentido inverso*, para poder pronunciarse sobre el sentido histórico de las variaciones y co-variaciones producidas por el procesamiento estadístico en el lenguaje de las variables. Se tomarán aquí tres ejemplos sucesivos para ilustrar el rol constitutivo de la

que plantea la indexación simultánea de los conceptos sociológicos sobre formas diferentes de la observación histórica.

⁵ Cf. *Infra*, capítulo X. "La enunciación histórica", pp. 238-245.

⁶ En las operaciones de medición tales como son practicadas en las ciencias sociales, el término de "variable" cobra un sentido mucho más amplio que el de las ciencias matematizadas, ya que puede designar tanto un atributo dicotómico (como el sexo, la partición de un conjunto en elementos no ordenados (como los departamentos) o un atributo cuantitativo (como la edad). Para que un fenómeno sea tratado como una variable por la sociología o la historia cuantitativas, basta con que pueda tomar al menos dos valores distintos, incluso si estos valores son definidos por propiedades cualitativas o arbitrarias, mientras que la pertenencia o no de los individuos a las categorías excluyentes así definida pueda ser objeto de una constatación empírica.. Cf. Boudon R., Lazarsfeld P., *Methodes de la sociologie*. París/ La Haya, Moulon, 1965. Vol. 1. "Le vocabulaire des sciences sociales: concepts et indices" Ihav trad. Castellana 1.

interpretación histórica de la cual el razonamiento sociológico no es más que un control argumentativo.

Del indicador al concepto

La relación desde una variación social hacia la variable que permite certificar rigurosamente sus co-variaciones mensurables no es jamás una relación de pura sinonimia. Un ejemplo trivial es suficiente para mostrar que la enunciación sociológica de lo que varía en la medida resumida por una variable se enfrenta desde el vamos a la necesidad de *interpretar conceptualmente* la variable para restituir a la menor constatación su carácter de aserción dotada de sentido en el mundo histórico. Ningún enunciado formulado en el lenguaje de las variables permite formular una regla que controle la relación semántica de un "indicador" a un "concepto", ya que se trataría de *un enunciado que se pronunciaría en lenguaje formal sobre el sentido de las relaciones entre el lenguaje formal y el lenguaje de la aserción histórica*.

El ejemplo -bien conocido por los investigadores, pero del que se supone demasiado rápida- que sólo estaría ilustrando el caso de algunas variables "ambiguas"- es el de la enunciación del sentido de las variaciones que aparecen en una tabla cruzada en la que la edad es tomada como variable independiente respecto a la cual se miden los diferentes valores tomados por una : "variable dependiente". Se sabe, por toda clase de observaciones empíricas, que una variable como la edad puede tener por lo menos dos sentidos: puede estar registrando ya sea el "efecto de envejecimiento", ya sea el "efecto de generación". Es evidente que esta distinción no es inmediatamente codificable en el lenguaje de las variables; pero se impone apenas se intenta interpretar una tabla cruzada según la edad para formular la variación sociológica revelada por la ligazón estadística, es decir apenas se pretende enunciar en lengua natural lo que un tal cuadro dice estadísticamente.

¿Qué "quieren decir", en efecto, cuadros que presentan distribuciones cruzadas como la **Tabla 1** en la que **x** es la edad de **N** sujetos, repartidos en grupos de edad, e **y** es la variación de una medida susceptible de tomar diversos valores en esos **N** sujetos?

TABLA 1

y	y1	y2	y3	
x				
x1	80	15	5	100 (n ¹ = ...)
x2	20	60	20	100 (n ² = ...)
x3	5	15	80	100 (n ³ = ...)

¿Cómo decir del modo más adecuado posible la muy fuerte correlación estadística que se lee (y cuya regularidad, expresada en la diagonalización de los porcentajes⁷ y en los crecimientos y decrecimientos simétricos de los valores en las filas y en las columnas revela entre otras cosas, que se trata de un cuadro simulado para la demostración)? ¿Para enunciar lo que una tabla de este tipo dice, se *debe verdaderamente interpretar*? ¿No es posible contentarse, para formular un enunciado de ciencia social, con decir lo que dice estadísticamente un cuadro semejante de frecuencias, sin incurrir en ningún riesgo enunciativo?

Ciertamente siempre es posible poner en enunciados sintagmatizados lo que el cuadro dice en sus enunciados tabulares, es decir según el código gráfico que localiza co-ocurrencias en un espacio de atributos de dos dimensiones. Es posible, sin pasar a la interpretación, traducir el cuadro en frases diciendo algo así como: *los elementos pertenecientes al subconjunto x 1 (definido por la posesión de una propiedad p 1) del conjunto X poseen proporcionalmente más a menudo la propiedad q 1 (que define la pertenencia al subconjunto y 1 del conjunto Y) que los elementos pertenecientes al subconjunto x 2 (definido por la posesión de la propiedad p 2) de X: lo mismo vale para los elementos de x 2 con respecto a los de x3.* Esta formulación constituye efectivamente una lectura de lo que se enuncia en la primera columna de

⁷ La visualización de la correlación estadística entre X e Y se obtiene en esta tabla subrayando en negrita el porcentaje más fuerte de cada columna (puesto que los porcentajes son calculados por hilera); el agrupamiento sobre el diagonal de todos los porcentajes subrayados muestra la regularidad de la acción de X sobre Y (Cf. Bertin P., *Semiologie graphique: les diagrammes, les réseaux, les cartes*, París- La Haya, Mouton/Gauthiers- Villars. pp. 166-168 et 223-228)

la **Tabla 1** y fórmulas análogas dirían lo que dicen de acuerdo a su código tabular las otras líneas y columnas de la tabla cruzada.

La insignificancia histórica de esta aserción, que continúa siendo verdadera y sin necesidad de interpretación -es decir cualquiera que sea la variación histórica que hace sentir su influencia en la edad de los sujetos- no deviene solamente del lenguaje formal en que la enuncia. El paso del “lenguaje formal” al “lenguaje material” puede todavía realizarse sin interpretación, mientras no comprometa más que a la nominación operatoria de las propiedades tales como *en cada caso* las ha constituido la operación singular y localizada de recuento. En tanto no obligue a pronunciarse sobre el *sentido conceptual* asignado a la variación estadística, una enunciación en lengua natural puede todavía esquivar la interpretación. Siempre se puede decir sin asumir excesivos riesgos polisémicos: *es un hecho -que en la muestra considerada y bajo las condiciones en las que se realizó la medición, los individuos de la muestra poseían con mayor frecuencia la propiedad definida por una respuesta a un ítem del cuestionario (“sí” en mayor grado que “no” y “no” antes que “sin opinión”) cuanto mayor era su edad.* Pero, el decir esto no se formula aún un enunciado sociológico.

La interpretación, y por ende la enunciación sociológica -formulada ya sea por un estadístico o por un sociólogo- comienza cuando se trata de *elegir sobre la base de otros elementos que los que entrega por sí mismo el cuadro* una formulación conceptual que especifique lo que mide “la edad de los sujetos”. Este riesgo debe ser tomado, porque es el único camino que permite colocar una constatación de este tipo en relación con otras constataciones. Es debido a que las constataciones así vinculadas, difieren -inevitablemente por su contexto de observación y de descripción que el razonamiento sociológico debe, sin poder jamás alcanzar la necesidad probatoria- del razonamiento experimental, hacerlos entrar en una *cadena de presunciones* empíricamente fundadas. No hay otro medio para formular una proposición sociológica, es decir que el de pronunciarse sobre el sentido histórico de aquello de lo que el cuadro estadístico habla sin poder por sí mismo decir nada que se parezca a una aserción histórica.

En el cuadro estadístico, ninguna información permitirá jamás hacerle decir a la variable “edad” si la variación de las propiedades que distribuye y de la cual asegura la objetividad empírica al mismo tiempo que la “significatividad estadística” es⁸ (a) un *efecto de envejecimiento*, es decir a una variación que continuaría ligada de manera constante a los diferentes grupos de edad si se la midiera sucesivamente en distintas épocas, o (b) si se trata de un *efecto de generación*, es decir de la variación de un sistema de propiedades que, independiente de la edad biográficas en tanto la historia de las mentalidades no transforme el sistema de actitudes, manifieste su transformación histórica a través de la edad de los sujetos, porque éstos se convierten entonces en falsos contemporáneos, yuxtapuestos por el corte sincrónico realizado por la encuesta con como otros tantos testimonios de sus estados sucesivos.

Dicho de otro modo: ¿un individuo cualquiera del subconjunto x_3 , que resulta ser y_3 con mayor frecuencia que otro de menor edad (x_2 o x_1), presenta esta propiedad porque el cambio biográfico de todo individuo lo determina a ser más a menudo y_3 cuanto más envejece -y esto cualquiera que sea su generación? ¿o bien este mismo individuo es más a menudo y_3 que otros pertenecientes a una generación de menor edad (x_2 o x_1) porque, en su generación, se es -a cualquier edad- más frecuentemente y_3 que en las generaciones que lo siguen, las cuales -incluso cuando hayan alcanzado a su edad- serán y_3 en menor proporción que se lo es en la generación que tiene hoy en día la edad x_1 ? Se observa que al formular en la lengua hablada por el Cuadro 1 la única pregunta interpretativa que permitiría decir de él algo interesante, no hay nada en el cuadro mismo que permita responderla.

No se trata aquí de una indeterminación ocasional del cuadro o de la variable -aún si hemos elegido este ejemplo, en el que la interpretación tropieza desde el inicio sobre el sentido de la constatación, para la comodidad del análisis. *Toda constatación*

⁸ En el cuadro 1, los valores numéricos que figuran en enunciados tabulares permitan afirmar, sin recurrir a otras informaciones fuera de las contenidas en el cuadro, que existe una relación “estadísticamente significativa” entre X e Y: el conocimiento de los números absolutos (n^1 , n^2 y n^3) permite en efecto generar enunciados formulados en términos de probabilidad que mide la fuerza de la aserción probabilística [en otras palabras, la “distancia a la hipótesis de independencia” medida por un χ^2 (chi- cuadrada)]

operada en el lenguaje de la variable supone para pasar a la constatación sociológica una apuesta de este tipo. Únicamente el razonamiento sociológico puede restringir el grado **de** libertad interpretativa de la apuesta realizada acerca de la generalidad de la aserción recurriendo a comparaciones que encierren mayor información que las constataciones operadas en el mismo contexto **y** las mismas condiciones de encuesta. En sentido estricto, la composición lógica de las proposiciones impone una perfecta constancia semántica de los términos **y** de las relaciones que aquellas formulan. Es la conceptualización histórica la que autoriza en un razonamiento sociológico acercamientos tipológicos de mayor amplitud **y** riqueza informativa que la composición lógica de los enunciados. El control de la aproximación entre aserciones conceptualmente “emparentadas” no es de la incumbencia de la lógica formal sino de una metodología de la comparación.

Se podría mostrar, en nuestro ejemplo, que el refinamiento del protocolo de medición -por ejemplo el de una encuesta longitudinal que seguiría en el tiempo a una cohorte de individuos- no permite jamás zanjar en una lógica puramente experimental lo que queda aquí en suspenso acerca del sentido de la variable. La dificultad de interpretación se difumina tras el sobreequipamiento técnico del protocolo, pero continúa siendo de idéntica naturaleza: el seguimiento durante **n** años de los mismos sujetos permite sin duda, al medir en el tiempo biográfico la variación de la actitud y en las diferentes edades para sujetos de una misma generación. neutralizar formalmente el efecto de generación. Pero la influencia del cambio histórico continuará componiéndose aún, en el tiempo biográfico de sujetos de igual edad, con el efecto de su envejecimiento individual: los individuos no deben solamente la marca del tiempo generacional a las influencias padecidas de una vez por todas en el principio de sus vidas; en otras palabras, la historia de las costumbres se compondrá aún, en el tiempo biográfico de sujetos de igual edad con el efecto de su envejecimiento individual. Ni siquiera el protocolo más “cosioso” (varias generaciones seguidas en sus diferentes edades), aunque aumente la información recolectada, alcanzará a volver mecánica la interpretación: siempre se encontrarán, bastando con que se plantee la cuestión refiriéndose a otras observaciones empíricas, composiciones complejas de efectos de generación y de envejecimiento en cada una de las sub-tablas estadísticas que se habrán construido y que se asemejarán cada

una de ellas a la Tabla 1 original. La comparación de generación a generación continuará a ser interpretada como una combinación de los dos efectos que el protocolo sólo separa de un modo formal. En efecto, nos encontramos corriendo tras un fantasma lógico, un dispositivo experimental que *por su propia virtud* pudiera calcarse en interpretación histórica.

El sentido de las relaciones entre variables

El lenguaje de las variables impone no solamente un léxico que codifica unívocamente las variaciones históricas, sino también una gramática cuya operación central define siempre una forma de relación entre variables y cuyo cruce en una tabla de contingencia representa una figura simple. Examinemos uno de los problemas que se plantean en la interpretación de un cruce de variables, aún cuando nos conformemos con interpretar *a minimis* lo que quiere decir, para una variable x, estar en relación con una variable y en una correlación estadística, es decir cuando nos limitamos al sentido poco exigente que encierra una afirmación del tipo: *los elementos de una población tienen, por el hecho de poseer ciertas propiedades, “chances” más o menos grandes de tener tales o cuales otras propiedades*. Incluso minimizando así la carga de retraducir sociológicamente lo que enuncian constataciones estadísticas de correlación entre variables, se ve surgir inmediatamente en el enunciado sociológico una equivocidad alrededor de la definición de la “población” de la que se afirma algo, equivocidad que evidentemente no existe en el enunciado estadístico correspondiente y que las técnicas de muestreo no resuelven mecánicamente.

El ejemplo tópico puede ser aquí el de la interpretación de los resultados producidos por el procesamiento en “análisis multivariado” de los efectos de una o varias variables sobre un proceso temporal de selección, cuando las constataciones se operan sobre poblaciones tomadas en diferentes estadios del mencionado proceso de selección. Así, la lectura de los resultados de una encuesta en sociología de la educación, que apunta a establecer la acción de factores de selección como la extracción social o el sexo en los diferentes niveles de estudio, no puede interpretar *directamente* las frecuencias diferenciales de éxito de sujetos de distinto sexo o extracción social, tales como se las observa en las etapas sucesivas de un *cursus* escolar.

TABLA II

	1er CICLO			2° CICLO			3er CICLO		
	éxito			éxito			éxito		
	fuerte	débil		fuerte	débil		fuerte	débil	
Clase sup	70	30	100	55	45	100	30	70	100
Clase pop	30	70	100	45	55	100	70	30	100

Para enunciar lo que dice la tabla II, sin deformar por esa misma enunciación la relación que une la pertenencia de clase (o de sexo) a chances relativamente más o menos fuertes de éxito escolar, el razonamiento sociológico debe tener en cuenta el hecho (ausente de las relaciones explícitamente formuladas por la propia tabla cruzada) de que las poblaciones sobre las cuales se establece la variación de la relación entre la pertenencia a una categoría (de sexo o de clase) y el éxito escolar, son progresivamente seleccionadas todo a lo largo del *cursus* con una desigual severidad bajo la relación misma de las variables cuyos efectos sobre ese éxito se pretende enunciar. El *contextualizador* de la interpretación es evidentemente aquí el concepto de “sobre y de sub-selección escolar relativa”⁹, este concepto, al resumir otras descripciones (estadísticas, biográficas o institucionales) permite incorporar a la enunciación de las relaciones entre la extracción social (o el sexo) y el éxito o la elección escolar el hecho de que las sucesivas mediciones operan sobre poblaciones que, con relación a poblaciones originales, en fortuna progresiva se han vuelto desigualmente sesgadas en su estructura inicial según los diferentes valores de esas dos variables. Poco importa por lo demás el modelo de lenguaje natural según el cual se describe aquí la contextualización necesaria a la interpretación: se la podría realizar igualmente en los términos de la teoría del “filtro escolar”- y de las capacidades “filtradas” o “no filtradas” diciendo por ejemplo que los filtros aplicados por la selección escolar no tienen, según las categorías sometidas ala selección, el mismo “tamaño de malla”. Lo esencial sigue siendo restituir a los enunciados tabulares una información capital, externa a la tabla, la de la “mortalidad escolar

⁹ Cf. para una primera explicación aplicativa de la noción de “selección relativa” (según el sexo y la extracción social, el pasado escolar o la residencia) a un conjunto de datos estadísticos referidos al

diferencial”, la cual, ubicada con anterioridad al muestreo, produce las poblaciones escolares sobre las que se seleccionan las muestras sucesivas sometidas a la encuesta y a la medición. Sin esta información sobre el protocolo mismo de la encuesta, nos veríamos llevados a interpretar erróneamente la información brindada en la tabla.

Se observa en efecto retornando a la Tabla II que dos lecturas son posibles:

a) Atenerse al razonamiento experimental que sugiere la tabla estadística cuando se la autonomiza.

Se puede entonces hacerle decir -lo que es verdadero si se prescinde de las condiciones en las cuales fueron producidas las poblaciones sometidas a la encuesta- que la extracción popular que otorga menores chances de éxito escolar en el primer ciclo del cursus, por lo contrario ofrece mayores chances en el último. Más brevemente: *la relación entre extracción social y éxito escolar se invierte del estadio 1 al estadio 3*. Es este un enunciado exacto mientras nos limitamos a la información sobre la cual se ha construido la tabla y no le planteamos ninguna pregunta a partir de otras informaciones. El riesgo, del cual no nos escapamos mediante ese enunciado condicional que omite enunciar una de las condiciones esenciales de la enunciación, consiste evidentemente, puesto que todo enunciado de apariencia sociológica tiende a través de las palabras de la lengua natural a revestir la generalidad del concepto, en dar como verdadero y estadísticamente fundado un enunciado que en sí sería falso: *el concepto de extracción social burguesa denota características que, siendo intrínsecamente favorables al éxito escolar en los primeros estadios del aprendizaje intelectual, se convierten en desfavorables cuando se trata de las competencias escolares requeridas en el más alto nivel del cursus universitario*.

b) Recurrir al razonamiento -sociológico que permite tomar en cuenta el hecho, ausente de la tabla estadística, de que la mortalidad escolar diferencial ha deformado a través de las etapas la estructura interna de las poblaciones sobrevivientes sobre las cuales se desea establecer la influencia de la extracción social. La tabla dice entonces (y en consecuencia resulta engañosa cuando no se le hace decirlo) que *la*

extracción social limita siempre el éxito de los sujetos de origen popular considerados en su conjunto; pero que, si se aísla del conjunto de su cohorte los sujetos de extracción popular que en el estadio 3 no han resultado pura y simplemente eliminados y que por este hecho han sido sobre seleccionados, la relación se invierte en la sub-cohorte de los sobrevivientes de origen popular.

El equívoco que este protocolo invita a disipar es en definitiva simple, ya que se trata solamente, para decidir acerca del contexto que otorga su sentido a la relación estadística, de darse informaciones bien conocidas que permiten identificar las poblaciones de las que se habla cuando se generalizan las constataciones realizadas sobre muestras. Pero el ejemplo de los efectos sociales inducidos por una selección que opera diferencialmente según las categorías de la población de partida -o, si se quiere, la engañifa de una muestra que se confunde inevitablemente con una población natural cuando se ignora que sus sesgos involucran a la pregunta que se le plantea- no representa más que un caso particular de un fenómeno más general, sobre el cual tropieza casi siempre la interpretación sociológica de las relaciones. La mayor parte de las poblaciones sobre las cuales se operan mediciones y en las que se selecciona una “muestra representativa” ya son muestras prefabricadas por un proceso social, es decir poblaciones que se ofrecen a la encuesta y al muestreo solamente porque una acción social (y con frecuencia institucional) las ha matriculado seleccionándolas, de un modo que se desconoce, a partir de una población originada a la que sin embargo tendremos siempre tendencia a referirnos implícitamente, para nombrar el contexto de validez de las relaciones evidenciadas por un procesamiento de variables operado sobre la población accesible.

En suma, el razonamiento sociológico siempre tiene por función el interrogarse sobre las condiciones sociales de constitución de las poblaciones aparentemente las más “naturales”, para restituir a la enunciación un hecho que interfiere en toda generalización, incluso y sobre todo si es silenciosa: por más sofisticados y bien regulados que estén nuestros gemelos, nunca permitirán observar más que lo que ocurre dentro de su campo. Ello es totalmente evidente en el caso de una *selección institucional*, por ejemplo en el caso de un censo completo o de un muestreo, por impecable que sea, efectuado sobre la población de los usuarios de bibliotecas (de prisiones, de hospitales, etc.). Las relaciones que se observan en una encuesta sobre

las bibliotecas entre, por una parte, etnias, grupos de edad, de clase o de sexo y, por la otra, prácticas o actitudes, no deben evidentemente llevarnos a pensar que se las podría generalizar fuera de la institución a los grupos del “mismo” nombre. No se trata de “las mujeres” -ni siquiera de “las amas de casa”- “los jóvenes”, “los jubilados”, “los inmigrantes” o de las diferentes clases que están manifestando sus orientaciones y sus propensiones colectivas, sino solamente, en esos diferentes grupos, de las selecciones, diferentemente selectivas y diferentemente sesgadas por este muestreo institucional, realizadas para cada uno por la inscripción en la biblioteca o por su frecuentación¹⁰.

Esto es evidente pero no impide jamás por completo, en las enunciaciones referentes a la influencia del sexo, de la edad, de la clase, de la etnia, etc. sobre la propensión a la cultura, a la enfermedad o al crimen, una *inducción reptante* que el cruzamiento estadístico amplifica por la fuerza mecánica del lenguaje de las variables. Al no interpretar en su contexto lo que dice una correlación entre variables, se la está aún interpretando, apenas se la enuncia, y ello ocurre inevitablemente al substancializar el sentido de las variables, las cuales, conceptualizadas fuera del contexto, parecen entonces manifestar la acción invariante de fuerzas trans-históricas.

Es suficiente en todo caso con que la acción de selección institucional sea más discreta o bien con que imponga la evidencia social de su 'neutralidad' como censo administrativo para engendrar proposiciones radicalmente falsas sobre la acción de las variables que favorecen las chances de aparición de las diferentes categorías de sujetos en la población censada. Es lo que sucede cuando las tasas de representación de cada grupo son interpretadas mecánicamente en términos de factores que favorecen la aparición de una práctica (crimen, enfermedad. etc.) que la presencia de los diversos grupos en el seno de la población (encarcelada, hospitalizada, etc.) substancializa al denominarla administrativamente. Fue por un tiempo la equivocación de toda la *sociología de la delincuencia* -que por lo demás sólo fue descubierta y sometida a examen teórico en ocasión de una distorsión un poco demasiado gruesa, como la del *white-collar crime*. El caso de la sociología criminal es además tópico, puesto que este “descubrimiento” desencadenó por largo

¹⁰ Cf. Passeron J.-C. Grumbach M. *et al. L'oeil á la pase*. París. GIDES. 1981. pp. 279-281 y 296.

tiempo una obsesión metodológica, la del recuento de la “cifra negra” de la criminalidad invisible, cifra “verdadera” que añadiría a la criminalidad censada por la institución Judicial la criminalidad omitida en el recuento. Es este el perfecto ejemplo de la carrera hacia la recuperación imposible de las condiciones de una medición que al fin se realizaría “todas las demás cosas permaneciendo iguales por lo demás: una criminalidad judicialmente no censada -por razones sociológicas que forman parte del objeto a conocer- no puede sumarse aritméticamente (“todas las demás cosas permaneciendo iguales por lo demás”) a la criminalidad censada para constituir un conjunto de prácticas sociológicamente homogéneo. Es aquí la preconstrucción de la población delincuente por la institución policial y luego judicial que realiza el censo la que constituye el hecho social del que se ocupan el razonamiento sociológico y la interpretación de las relaciones entre las variables. Es sabido que la interdependencia entre las prácticas, las trayectorias y los procesos de “estigmatización” de las prácticas ha abierto, mediante una nueva construcción teórica de este sistema de interacciones, un territorio de encuestas al análisis de las biografías delincuentes como “carreras”.

Juegos de variables y configuraciones históricas

Se podría estar tentado de creer que todas las dificultades en la interpretación de las relaciones entre variables obedecen al hecho de que los muestreos sociales vienen constantemente a mezclar sus efectos parásitos a los procedimientos del muestreo controlado. ¿Alcanzaría acaso con trabajar sólo sobre censos exhaustivos para que se desvanecieran todas las ambigüedades propias de la enunciación de una relación o de una “interacción” entre variables? Muy por el contrario, es en el caso de los censos que se ve aparecer en su forma más general la dificultad central del enunciado de las relaciones, cuando se aplica esta enunciación al mundo de los fenómenos históricos, es decir cuando las aseveraciones que se formulan reivindican el ser verdaderas en un contexto.

En efecto, apenas el estadístico (ello le ocurre más raramente al sociólogo) dispone de una población real, exhaustivamente censada, su interrogación sobre la relación, que ha mensurado, en esta población, entre dos variables lo conduce, *en la recta hilación del razonamiento experimental*, a construir artificialmente una “población ficticia” combinando de modo razonado “criterios estratificantes”. Se trata

evidentemente de eliminar el efecto parásito que ejercen otras “variables ligadas” sobre la variable independiente de la que se quieren aislar los efectos propios, al neutralizar por la composición artificial de la población ficticia el célebre “efecto de estructura”, bestia negra que los estadísticos pretenden desterrar de sus razonamientos.¹¹ Si, en efecto, se sospecha que detrás de la relación entre una variable x y una variable y se oculta también el efecto de una relación entre x y t , es necesario, para poder enunciar unívocamente sobre x , y , neutralizar la variable-test (t) es decir procurarse los medios de observar x , y , a valor constante de t .¹² El procedimiento **es** formalmente irreprochable dado que la exigencia que la genera (razonar “todas las demás cosas permaneciendo iguales por lo demás”) constituye uno de los dos polos del campo de exigencias entre los cuales se mueve el razonamiento sociológico -siendo el restante el polo histórico que incesantemente hace retornar el razonamiento a la evidencia de que las co-ocurrencias en la realidad son dadas solamente *así y no de otro modo*.¹³

Pero el estadístico posee normalmente todos los medios de percibir la deriva a la cual podría llevarlo la tarea interminable de neutralizar el “parasitaje” de una relación por las innumerables interacciones entre variables. Disponiendo del conocimiento de la población real, está bien ubicado para entender que este “parasitaje” es también otro nombre de la *configuración histórica singular* que constituye, en tanto constelación de las co-ocurrencias observadas, la única realidad empírica, de la que solo se puede extraer, por deformación de las relaciones reales, una “relación pura” al precio de una abstracción formal. La obtención de efectos estadísticamente “puros” supone una descomposición de las interacciones que, terminado el proceso de purificación, devendría en un sin-sentido histórico, actualizando la paradoja de Simiand¹⁴ por

¹¹ Desrosières A., “Un essai de mise en relation des histoires de la statistique et de la sociologie”, en *Actes de la Journée d'études "Sociologie et statistique"*. París, INSEE/Société Française de Sociologie, oct. 1982, pp. 166-168.

¹² Es sabido que este esquema lógico, que ya se encontraba en obra en *El suicidio* de Durkheim ha sido sistematizado bajo el nombre de “análisis multivariado” por P. Lazarsfeld. “L'interprétation des relations statistiques comme procédé de recherche”, en *Méthodes de la sociologie*. (t. ii, L'analyse empirique de la causalité). París/La Haya. Mouton. pp. 19-27 (hay trad. castellana).

¹³ Cf. *supra*, para una descripción del ir y venir propio del razonamiento sociológico entre polo histórico y polo experimental, cap. III, “Historie et sociologie”, pp. 85-88.

¹⁴ La que este autor formulaba a propósito de las comparaciones económicas, haciendo ver que las exigencias estrictamente experimentales de la comparación equivalen “a preguntarse cómo viviría un camello si, permaneciendo camello se lo transportara a las regiones polares, y cómo viviría un reno, si continuando siendo reno, se lo transporta al Sahara”. Como lo dice M. Halbwachs, que se refiere a la paradoja de Simiand, la necesidad estadística conduce a razonar “como si, para estudiar las

ejemplo “una población ficticia en la que la Lozère comprende en parte una gran metrópolis urbana **y** en la que París se encuentra poblada de una fracción apreciable de agricultores o de asalariados agrícolas”, como lo recuerda graciosamente Desrosières¹⁵ Se observa en efecto, cuando se tiene los medios para llevar hasta el final esta cocina estadística, que a medida que el razonamiento se mejora como razonamiento experimental, se debilita como razonamiento históricamente pertinente, puesto que aleja las constataciones de relación de la situación sociológica (contexto) en la que esas relaciones operan realmente. Entonces resulta fácil mostrar que para alcanzar a la *perfección lógica*, el razonamiento experimental debería llegar a la *absurdidad sociológica* dándose, para poder realizar a cualquier costo la condición “todas las demás cosas permaneciendo iguales por lo demás”, representaciones suficientes de co -ocurrencias altamente improbables, o incluso inexistentes.

En el trabajo sociológico, es el “diseño experimental” a menudo concebido como una forma ideal de la verificación de las hipótesis que ilustraría la misma paradoja epistemológica. La muestra razonada en la que las cuotas definidas por los criterios de estratificación son dotadas de un peso numérico suficiente para permitir los cruces de variables demandados por las hipótesis y para autorizar el ejercicio estadísticamente correcto de la comparación entre frecuencias de aparición de las diferentes co-ocurrencias, tiene como contrapartida el alejar el razonamiento estadístico de las configuraciones reales. Dada una encuesta tendiente a estudiar el efecto, sobre actitudes o prácticas mensuradas por variables de tipo (**y**), de la clase social (**x**) **y** de la actividad profesional de las mujeres (t)-se desea disponer de los medios para hacer aparecer la influencia cruzada de **x** y **t** sobre las variables de tipo **y**. los resultados empíricos de la medición se presentarán entonces como los esquematiza la **Tabla 111 (a y b)**.

características demográficas de un país, se debiera partir de la población que no es la de ningún país [...] AL igual que el *homo economicus*, un tal *homo demographicus* es una abstracción demasiado cuidadosamente desprendida de la realidad como para enseñarnos lo que sea acerca de lo real”. Halwachs M., “La statistique en sociologie” (1935), republicado en *Classes sociales et morphologie*. París, Minuit, 1972.

¹⁵ Desrosières A., “Reflexions sur la portée sociologique des diverses phases du travail statistique” *op. cit.* .pp.201-202

TABLA IIIa

TABLA IIIb

Población ficticia Peso en el
del razonamiento contexto de la
experimental población real

CATEGORIA 1	activa	-%	-%	50	40
	inactiva	-%	-%	50	60
CATEGORIA 2	activa	-%	-%	50	10
	inactiva	-%	-%	50	90
CATEGORIA 3	activa	-%	-%	50	60
	inactiva	-%	-%	50	40

Se puede considerar que el “diseño experimental” ha sido concebido cómodamente si, no sólo la muestra razonada contiene cuotas iguales de mujeres pertenecientes a las diferentes categorías sociales (**x1, x2, x3**), sino también si contiene en cada una de estas cuotas tantas amas de casa como mujeres activas(t1, t2). Esto en todo caso minimizará las molestias en la lectura de las tablas doblemente cruzadas y en la interpretación de su significación estadística. Por cierto, ¿pero que adviene de la significación sociológica de la información así construida?

Supongamos (y en nuestras sociedades es ésta, es sabido, la realidad histórica) que, en las diferentes categorías sociales, hay por ejemplo una en la que las mujeres son casi siempre amas de casa (aquí la categoría **2**). La abstracción que permite formular como cruce de tres variables (**x, y, t**) la variación de los comportamientos entre las amas de casa **y** las mujeres activas en las diferentes categorías sociales debe, para darse las condiciones lógicas de una aserción general sobre los efectos cruzados del status profesional **y** de la pertenencia de clase, olvidar momentáneamente la probabilidad desigual de los dos status femeninos en las diferentes categorías sociales. En otras palabras, el razonamiento estadístico, para poder enunciar unívocamente *la diferencia de los efectos*, debe suponer la *identidad de sentido* de un

valor dado de cada variable, cualesquiera que sean los cruzamientos en los que ésta ingrese. La distorsión que la exigencia experimental impone a la realidad social engendraría un contra-sentido sociológico mayor, al encerrar la enunciación en el marco de un razonamiento puramente estadístico, que siempre lleva a olvidar el contexto de la información construida a la medida de sus necesidades: el sentido de la distribución del rasgo medido por **y** no puede anunciarse sociológicamente sin interpretar *la improbabilidad social* para una mujer de profesionalizarse cuando pertenece a una categoría social en la que esta propiedad se convierte en no típica por ser extremadamente rara. La información pertinente, que es una información de contexto, figura aquí en la **Tabla IIIb** pero la mecánica del análisis multivariado tenderá siempre a encerrar a la aserción en los límites de la **Tabla IIIa**. La irrealidad de la enunciación formal que este ejemplo aumenta a propósito es evidentemente de un alcance general.

La enunciación estadística de los efectos cruzados para la cual todo “diseño experimental” trabaja proveyendo una base de comodidad técnica bien puede operarse olvidando la estructura de la *población de referencia*. Pero la interpretación propiamente sociológica de las variaciones no puede efectuarse más que restituyendo a los diferentes valores asumidos por una variable los diferentes sentidos que le marcan, en el contexto real de las co-ocurrencias, las rarezas relativas borradas por el cruce estadístico que ya no conoce sino frecuencias relativas. Hay que aceptar en efecto pensar, para razonar sobre el sentido sociológico de los diferentes grados de rareza, que un “mismo” valor del indicador tratado como variable ve variar su sentido de acuerdo a los cruzamientos a los que es sometido. Ello conduce evidentemente a referir el sentido de una *rareza* social a observaciones otras que las de la encuesta que la ha expulsado de su espacio asertórico al optimizar la estructura de su muestra. Una frecuencia relativa pierde el sentido sociológico que posee por su inserción en un contexto singular de co-ocurrencias cuando pasa a figurar en una celda de una tabla comparativa, es decir una tabla en la que todas las co-ocurrencias tienen un derecho de voto enunciativo *formalmente igual*. En suma, la mecánica comparativa estricta tiende siempre por sus exigencias estadísticas a hacer olvidar el objeto propio del razonamiento sociológico. El razonamiento sociológico, a quien el proyecto de nombrar el sentido histórico siempre le asigna la tarea de restituir

in situ las relaciones observadas sobre poblaciones reales (de individuos o de propiedades), exige así construir en cada caso como “objeto” el sentido particular que toma un sistema de relaciones al ser restituido a su contexto. *La distancia a la situación experimental* (o, si se quiere, el sentido irreductible conferido a las asociaciones de propiedades por una configuración que las asocia de un modo y no de otro) forma parte del objeto sobre el cual enunciamos.

La sobrevaluación semántica invisible a la cual las constataciones de relación son incesante y hasta mecánicamente llevadas por la gramática de las variables revela en hueco su funcionamiento en las perplejidades de los investigadores neófitos que descubren, al multiplicar las comparaciones entre sus tabulaciones cruzadas o sus lecturas de “planos factoriales”, las proximidades entre variables independientes tratadas por la encuesta como otras tantas dificultades insuperables para la enunciación unívoca del sentido de las correlaciones. El “efecto de estructura”, como se lo denomina en el INSEE, es en efecto el pan de cada día de la interpretación: ¿será realmente la edad (o el sexo o la pertenencia social) cuya “influencia” se está midiendo, si aparece por ejemplo que las categorías de edad (o de sexo o de pertenencia socio-profesional) se superponen también, en la población encuestada, a categorías las recortadas más o menos del mismo modo por otros criterios (escolarización, trabajo asalariado, o nivel del diploma)?

Ante esta provocación estadística es frecuente ver a los sociólogos, que no pueden resignarse a esta *impotencia del razonamiento experimental*, soñar para su próxima encuesta con un diseño experimental que, al multiplicar los cruzamientos entre “criterios estratificadores” les proporcionaría una muestra ideal. Se trataría -simple cuestión de fondos- de la muestra capaz de representar por un número suficiente de sujetos todas las categorías necesarias para la neutralización sucesiva de las variables que entran en interacción. *El engaño experimental* deja descubrir en claro, al mismo tiempo que sus imposibilidades, la mayor parte de sus aplicaciones epistemológicas. Vemos que conduce, cuando se le permite desarrollar su lógica, a un protocolo de muestreo tan paradójico como la *ficción borgesiana* de la “carta del territorio” superponible al territorio -pero aquí con esta aporía suplementaria de que la “representación” del territorio debería deformarlo, de acuerdo a “escalas” diferentes en las diversas partes del territorio, a fin de autorizar las comparaciones de

frecuencias indispensables al pleno efecto del análisis multivariado. Revela, en el límite, que la mayoría de las categorías exigidas por una aplicación sin fallas del razonamiento experimental a variaciones sociológicas se convierten rápidamente en categorías cuasi vacías o imposibles: niños no escolarizados antes del término de la escolaridad obligatoria (si se pretende obstinadamente separar el efecto de la escuela y el de la edad), hombres amos de casa (para separar el efecto del sexo del trabajo doméstico), obreros salidos de *las Grandes Ecoles*, estudiantes madres de familias numerosas, etc., etc. Sin llegar a este extremo en el sometimiento a una exigencia lógica sociológicamente absurda, la que según Simiand llevaría a poner camellos en el polo norte y renos en el Sahara, puede verse a la luz de esta contradicción que las distribuciones demandadas por la eficacia técnica del razonamiento estadístico se encuentran más o menos alejadas de las categorías recortadas por las interdependencias reales entre propiedades. Los efectos que obedecen al hecho de que son más o menos improbables en la realidad histórica desaparecen o se deforman cuando la tenacidad del experimentador indiferente a este “sesgo” logra (se puede llegar a todo) encontrar a representantes de aquellas.

El razonamiento sociológico por lo tanto sólo puede ser definido como un razonamiento condenado a moverse y a operar compromisos argumentativos entre las exigencias lógicas del razonamiento experimental y las exigencias descriptivas de la contextualización histórica. El trabajo sociológico que recurre al lenguaje de las variables en el análisis de las variaciones sociales deja en efecto aparecer un *dilema* o, al menos, una *tensión metodológica* entre la descripción histórica, que impone el conocimiento de las configuraciones reales como sistemas singulares y no reproducibles de co-ocurrencias de propiedades, y el razonamiento experimental, que siempre lleva a formular las constataciones de relación fundadas sobre esas co-ocurrencias como aserciones generales que tratan acerca de correlaciones entre *variables puras*. Evidentemente no es posible privarse de los servicios que el recurso al lenguaje de las variables presta al establecimiento y al control de las constataciones de relaciones, pero tampoco se puede ignorar las limitaciones y las tareas impuestas a este método de reconstrucción y de procesamiento de los hechos el razonamiento sociológico. No es solamente porque extiende el sentido matemático o físico de la noción de “variable” que el empleo sociológico de este término es

analógico, sino sobre todo porque la *interpretación* de las constataciones provistas por los cruces de variables remite al conocimiento del contexto, singular en cada ocasión, de esas correlaciones, incluso en el caso de las “variables cuantitativas”, las que operan una medición en sentido estricto.

No existe una escapatoria lógica a este dilema metodológico. Las psicologías experimentales son sin duda las ciencias del hombre que se han codeado en mayor grado con la contradicción entre la pureza experimental y el alcance general de las aseveraciones científicas. No han dudado en darse, al precio de una miniaturización de sus objetos de observación, las condiciones formales de una aplicación en laboratorio del método experimental. Pero esas disciplinas, que se avienen a la heroica toma de partido por la experimentación franca, no cosechan como en las ciencias físicas la recompensa “nomológica” de los sacrificios que consienten acerca de la riqueza del curso del mundo. El refinamiento metodológico de sus “protocolos de experiencia”, concebidos para establecer la independencia o detallar la interacción de las variables testeadas en laboratorio, no impide a los investigadores interrogarse -y a menudo permanecer en duda- sobre la interpretación de los resultados: los “efectos” registrados en el laboratorio podrían deberse, como lo dice uno de ellos, a “conjunciones inhabituales de valores de las variables en juego”¹⁶. Se mantienen prudentes acerca de la “representatividad” de las situaciones creadas por la experimentación con relación al “conjunto de las situaciones habituales”. Algunos afirmarían contentarse con una validez de principio, aunque ésta se limite a las situaciones improbables o artificiales. Todo reside aquí. En las ciencias físicas una “ley natural”, experimentalmente establecida, no cambia de sentido por el hecho de que solamente secuencias o co-ocurrencias improbables de la historia de la naturaleza podrían producirlas sin intervención del experimentador: son éstas incluso las relaciones más “interesantes” para el desarrollo técnico. En la historia del mundo histórico, al contrario, la improbabilidad de aparición de una configuración de co-ocurrencias vacía de lo esencial de su sentido los enunciados que de ella hablan sin interpretar esta improbabilidad: las proposiciones sociológicas no son aseveraciones sobre una naturaleza. Ello es sabido; y se lo olvida.

¹⁶ Lemaire G., Lemaire J-M., *Psychologie sociale et expérimentation*. París. Mouton. pp. 19-26.